

Segundo domingo de Adviento

Romanos 15:4-13.

“Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza. Y el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios. Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia, como está escrito: «Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles y cantaré a tu nombre». Y otra vez dice: «Alegraos, gentiles, con su pueblo». Y otra vez: «Alabad al Señor todos los gentiles y exaltadlo todos los pueblos». Y otra vez dice Isaías: «Estará la raíz de Isaí y el que se levantará para gobernar a las naciones, las cuales esperarán en él». Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.”

EXHORTACIÓN A TENER PACIENCIA CON LOS POBRES.

1. Es muy probable que la persona que seleccionó este texto de la Epístola no entendía mucho acerca de Pablo, porque comenzó demasiado alto y demasiado bajo. El comienzo, que dice: “Las cosas que se escribieron antes”, etc., (v. 4), pertenece al texto anterior. Debe haber comenzado con las palabras: “Y el Dios de la paciencia” (v. 5). Para que podamos entender este texto propia y claramente, debemos saber que los romanos a los cuales San Pablo escribe fueron personas convertidas al cristianismo tanto de entre los judíos y los gentiles. En ese tiempo había muchos judíos que vivían en todos los países, como especialmente lo muestra Hechos 17, y especialmente en Roma, Después que el apóstol les ha enseñado correctamente la fe y las buenas obras en toda la Epístola, el apóstol en conclusión introduce varias exhortaciones. Para que pueda preservarlos armoniosamente en la fe y en las buenas obras, aborda las razones que podrían producir la discordia y separarlos de la unidad del Espíritu. Hay dos razones que hoy, como en todo tiempo, luchan contra la unidad del Espíritu, contra la fe y las buenas obras. Así, debemos ver y notarlas bien.

2. La primera es que algunos judíos convertidos, aunque oían que en el Nuevo Testamento toda clase de comidas, días, ropa, vasijas, personas, lugares y costumbres son libres; y que solo la fe nos hace piadosos a la vista de Dios; y que las leyes acerca de comer carne y pescado, acerca de días y vestiduras, acerca de lugares y vasijas fueron completamente abolidas, sin embargo su conciencia débil y su fe imperfecta todavía fueron tan atadas debido a las antiguas costumbres que no podían usar esta libertad. Se preocupaban de que estarían pecando si actuaran en forma distinta de sus costumbres anteriores.

Asimismo, tanto judíos como gentiles, debido a la misma debilidad, no podían atreverse a comer pan y carne que los incrédulos habían ofrecido a los ídolos, aunque se ofrecían en venta y vendían allí en el mercado público. Se imaginaban que si comían estas cosas sería adorar a los ídolos y negar a Cristo, aunque en realidad no fue nada. Toda clase de comida es limpia y una buena criatura de Dios, si estaban en manos de paganos o cristianos, si se habían ofrecido a Dios o al diablo.

3. Por otro lado, la segunda razón es que los que sabían estas cosas y tenían una fe más fuerte no prestaban atención a los débiles, sino usaban su libertad con demasiada audacia, y con desprecio de los débiles comían y bebían sin distinción todo lo que se ponía ante ellos, lo cual fue también correcto. Pero fue incorrecto que no consideraban a los débiles, sino los llevaban al error. Cuando los débiles vieron que fueron tan audaces, ni podían seguirlos ni quedarse atrás. Si seguían, su débil conciencia les enfrentaría y diría: “es pecado; no lo hagas”. Si no seguían, luego la conciencia otra vez les enfrentaría y diría: “No eres un cristiano, porque no haces lo que hacen los demás cristianos. Tu fe no debe ser la correcta”. Ven, así no podían ni quedarse atrás ni correr adelante; háganse lo que hicieran, su conciencia estaría contra ellos. Ahora bien, actuar contra la conciencia es lo mismo como actuar contra la fe y es un grave pecado.

4. Pablo aquí nos enseña a tener paciencia y soportar a los débiles, y no conducirnos tan duramente contra ellos; sino más bien a pensar por un momento como ellos, hacerse débiles con ellos, y no causar discordia en la fe sobre el comer y beber ni ninguna otra cosa temporal, hasta que se fortalezcan y reconozcan su libertad.

Sin embargo, el apóstol hace una distinción en este asunto y enseña a esos romanos que se deben identificar dos clases de personas en este asunto. Algunos son débiles en la fe, de quienes ya hemos hablado. Pablo solo se refiere a esta clase aquí. Son gente buena, piadosa y sencilla, que están dispuestos a mejorar cuando tengan el conocimiento o el poder. No están tercos en sus opiniones; el problema está totalmente en la debilidad de la conciencia y la fe. No son capaces de extricarse de las doctrinas y costumbres prevalecientes.

Los otros son los obstinados y no se satisfacen con llevar tal vida ellos mismos, sino incitan, enseñan y guían a otros a hacerlo. Afirman que esto es lo correcto y que tiene que ser así, y no quieren escuchar la verdad real de la libertad cristiana sino luchan contra ella. Éstos son los que hacen que otros sean débiles. Con su enseñanza hacen daño a las conciencias débiles y las atrapan para pensar que tiene que ser así. Desean sujetar las conciencias sencillas bajo ellos y hacerlas obedientes. San Pablo no habla de ellos aquí, pero en otra parte nos enseña diligentemente a oponernos a ellos y siempre hacer lo opuesto (Tito 1:13-16).

5. Por tanto, en este asunto no hay mejor regla que el amor, y debes tratar a estas dos clases de personas en la misma forma en que tratarías a lobos y ovejas. Si un lobo hubiera mordido la oveja hasta casi matarla, y procedieras con furia contra la oveja, declarando que la oveja no debe tener heridas, que debe ser saludable, y si la obligaras a seguir a las otras ovejas saludables al pasto y el redil, no dándole ningún cuidado especial, ¿quién no diría que estabas loco? La oveja podría decir: “ciertamente es malo

que esté herida, y seguramente debería estar saludable, pero enójate con el que me hizo esto, y ayúdame a sanarme”.

Ves, estos romanos también deben hacer esto y oponerse seriamente contra los maestros y lobos. Pero deben aceptar a las conciencias débiles dañadas por tales enseñanzas, no forzar ni arruinarlas, sino gradualmente sanarlas, y con el tiempo expulsar esa enseñanza. Mientras tanto, deben dejarlas en paz y pensar con ellas lo que ellas piensan y no llevarlos al error.

6: Ahora, aunque esta circunstancia, de que San Pablo aquí habla, desde hace mucho ha cesado, y la ley de Moisés acerca de comer, beber, vestirse, lugares, etc., nunca ha estado en uso entre nosotros, sin embargo algo mucho peor ha venido en su lugar, de modo que esta doctrina es mucho más necesaria ahora que entonces. Ahora el Papa y el clero han establecido en el mundo entero un sistema de enseñanzas humanas acerca de comer y beber, vestirse y lugares, días y tiempos, personas y órdenes, conducta y obras que apenas se puede uno comer un bocado, tomar una gota, o hasta abrir sus ojos sin que haya una ley que le quite su libertad, especialmente en los conventos y monasterios. Afirman totalmente que debemos ser vestidos en cierta manera, debemos ser tonsurados en cierta forma, debemos conducirnos en cierta forma, no debemos comer esta comida, no debemos tomar esa bebida, etc., o es pecado y desobediencia. Así han elevado esta obediencia a las enseñanzas humanas de modo que nada se puede considerar más alto que esta obediencia. Los monjes y monjas consideran esta obediencia el fundamento y la piedra angular de su religión y basan la salvación de sus almas en ella.

7. Nadie abre sus ojos y ve que todos esos son sueños humanos y enseñanzas que atrapan almas, debilitan las conciencias, trastornan la libertad y la fe cristiana, y solo llenan el infierno. ¡Lobos! ¡Lobos! ¡Qué asesinato tan abominable, terrible, que ahoga y arruina es esto en el mundo entero! Nunca se dice en este asunto qué debemos hacer, que debemos haber sido conscientes de las conciencias débiles, nadie ha predicado y actuado contra lo que podría ofender a los débiles. Más bien, todo el que ha salido de esto ha sido condenado, es llamado un apóstata, un monje errado, un cristiano rechazado, y así las ovejas no solo son debilitadas con fuerza sino también se les empujan a las fauces del lobo. ¡Qué ira, furia, indignación de la divina majestad!

8. Si Dios ahora concede su gracia para que todo esto se reconozca como solo sacrilegio humano, como compulsión e injusticia acerca de lo cual Dios no ha mandado nada; y si algunos comenzaran a usar misas, oraciones, ropa y comida en forma diferente de lo que ha sido acostumbrado, y mantener su libertad conforme al evangelio, luego dos clases de personas se ofenderían. La primera, que son los papistas que despotrican y se enfurecen, gritando fuertemente que estas cosas se tienen que observar, y todo el que no las guarda es un hereje, un pagano, un judío y desobediente a la iglesia. Elevarían tanto la obediencia a la iglesia que solo mantienen las conciencias atadas en la muerte cuando esas conciencias piensan que es como ellos insisten, a saber, la obediencia a la iglesia. Pero no es nada sino la villanía papista y juegos satánicos, cosas por las cuales hasta muchos santos han sido llevados al error y engañados; San Francisco, por ejemplo, y muchos otros.

La segunda clase son los débiles, que oyen este griterío y que antes estaban acostumbrados a ello, y así se desvían. Aunque están en duda en cuanto a cuál lado seguir, sin embargo son sincera y sencillamente inclinados a seguir el camino correcto.

Pero por dondequiera que fueran, su conciencia les impide. Si te siguieran a ti, su costumbre y las vociferaciones de los papistas les bloquearían el camino, de modo que su conciencia cautiva no se atrevería a dejar su costumbre, por temor de que estaría en contra de Dios. Por otro lado, si no te siguieran, otra vez temerían que se estaban oponiendo al Dios que representas y proclamas. ¿Adónde, entonces, debe huir la pobre, débil conciencia sobre la cual Cristo y el diablo batallan?

9. A esta situación la enseñanza de Pablo se aplica directamente. La doctrina del diablo y de sus papistas está totalmente sin misericordia ni compasión. Acosa, fuerza, brama que nos apartemos inmediatamente de esta doctrina. Excomulga y maldice al que ha ofendido, echándolo cuatro mil millas debajo del infierno, si no retracta en un cerrar y abrir de los ojos y renuncia cada letra y cada tilde de su creencia. Por el hecho de la furia manifestada, al igual que por el fruto, percibimos quién es su autor. Las enseñanzas de Cristo, sin embargo, no hacen eso. No te rechaza inmediatamente si no puedes retractarte rápidamente ni desistirte inmediatamente cuando se encuentra que has errado en la fe. Sin embargo, habría mucha más razón por hacerlo. Más bien la doctrina de Cristo ve que eres herido y débil, te recibe en forma amistosa, y te enseña la verdad genuina y la libertad de todas las leyes humanas. Es paciente, mostrando paciencia si no abandonas por inmediato esas leyes humanas, sino te da tiempo para aprender a dejarlas de lado. Mientras tanto, te permite a hacer lo mejor que puedas, como te has acostumbrado hacer, hasta que estés sano y con claridad y seguridad percibas la verdad.

10. Por tanto, el cristiano en este asunto debe distinguir entre las dos clases mencionadas. A los débiles se les debe instruir con bondad y en forme amistosa. Pero a los que rugen y se llenan de arengas se les debe excluir. Debemos hacer y enseñar todo lo que les haga doler y está contra ellos, dejarlos solos y guardar silencio en todo lo que les sea agradable, y honrar su excomunión con una gran caja de estiércol. El amor cristiano enseña todo esto en forma hermosa; es el tratamiento que cada hombre desea para sí mismo. No hay nadie entre nosotros que, cuando ha cometido un error debido a esta debilidad de conciencia, no quisiera que la gente le diera tiempo y no inmediatamente destruirlo, sino más bien que lo instruyan en una forma amistosa, que le mostraran paciencia por un tiempo para que pueda luchar contra los lobos. Por tanto, Cristo nos enseña este camino y quiere que cada uno trate al otro de esta manera.

11. La segunda causa de discordia que Pablo trata son los que siempre quedan entre el pueblo de Cristo y son débiles y enfermos en las buenas obras, así como los primeros fueron débiles y enfermos en la fe. Así las dos clases siempre se encuentran entre los cristianos, los que están enfermos internamente en la fe y la conciencia, y los que están enfermos externamente, en las obras y la buena vida. Cristo no desea que ninguno de ellos sea rechazado, sino que todos sean recibidos, para dar al amor cristiano la oportunidad abundante para ponerla en práctica y hacer bien, sanar y tener paciencia con el prójimo, interna y exteriormente, en la fe y en la vida. Los débiles son los que a veces tropiezan en pecados abiertos, asimismo los que se llaman tipos raros, personas fácilmente irritadas o con otros defectos que hace difícil llevarlo bien con ellos. Esto especialmente sucede entre los esposos y esposas, amos y siervos, gobernantes y súbditos.

12. Ahora, en donde no está presente esta doctrina cristiana de Pablo, naturalmente cada individuo olvida la viga en su propio ojo y solo ve la astilla en el ojo del prójimo (Mat 7:3-5); nadie soporta las faltas del otro, sino cada uno requiere la perfección en su

compañero. Solo piensan de las faltas de los demás, y tratan de este modo u otro para tener más paz y descanso que el otro, aparte del disgusto unos por otros. Todo el que puede despide a su vecino y lo empuja, y luego se cubre con la excusa de que lo hizo por amor de la justicia, que no quería tener a gente malvada cerca de él, sino solo gente piadosa y buena como él.

13. Este mal domina principalmente en personas que están en un rango más o menos alto en comparación con otros, que llevan vidas respetables y son particularmente favorecidas. Se inflan y se dan aires. Todo el que no es exactamente como ellos huele mal; lo condenan, lo menosprecian, porque solo ellos son el gatito bonito de la casa. Por otro lado, lo que es como ellos y lleva una vida respetable, esa es la gente piadosa, son los buenos amigos. A ellos se les aferran y no quieren saber nada más que eso, que están haciendo bien como los que solo aman la piedad y gente piadosa, y no odian a nada sino la maldad y a los malos. Sin embargo, no ven el orgullo diabólico que está oculto en el fondo de sus corazones, con que altiva y mezquinamente menosprecian a sus prójimos por sus imperfecciones.

14. Hay dos clases de amor por la virtud y odio del vicio; una pagana, la otra cristiana. Cristo, también, es un enemigo del pecado y un amigo de la justicia, como el Salmo 45:7 dice de él: “Has amado la justicia y aborrecido la maldad”. Sin embargo, lo que Moisés dice de él también es verdad: “*Dilexit populos*”, “amó a su pueblo”, Deut 33:3. Pero el amor y odio pagano es una cerda irracional, indiscriminadamente rebaja y levanta a personas con vicios y virtudes; en realidad no favorece a nadie sino a sí mismo. Esta verdad es evidente por el hecho de que por tanto tiempo y tan lejos como la virtud adorna al individuo, tan largo y hasta tan lejos el paganismo lo ama y se interesa en él; pero cuando la virtud falta la persona es rechazada.

15. Ahora, el odio cristiano del pecado actúa de esta forma: distingue entre los vicios y la persona; piensa solo en destruir los vicios y preservar a la persona. Por tanto no huye de ni rechaza ni desprecia a nadie; más bien lo recibe, toma un cálido interés en él, y lo trata de una manera calculada para ayudarlo a eliminar sus vicios. Amonesta, instruye y ora por él, lo soporta con paciencia, y no hace nada sino lo que quisiera que la gente hiciera por él si estuviera atrapado en los mismos defectos.

16. Todo el propósito del cristiano en la vida es ser útil para otros, no erradicar a la persona sino a sus vicios. Esto no lo puede hacer si rehúsa tolerar ni tener nada que ver con alguien que es débil. Sería una obra de misericordia muy rara si quisieras alimentar a los hambrientos, satisfacer a los sedientos, vestir a los desnudos, visitar a los enfermos, pero al mismo tiempo no permitirías a los hambrientos, sedientos, los desnudos ni los enfermos acercarse a ti o estar contigo. Así no querer tolerar a ninguna persona malvada o débil cerca de ti sería lo mismo como no querer ser útil ni ayudar a nadie para la piedad.

17. Así, aprendamos de esta Epístola que la vida del amor cristiano no consiste en hallar a personas que sean piadosas, rectas, santas, sino en hacer que las personas sean piadosas, rectas y santas. Que sea su trabajo en la tierra hacer a tales personas, sea que esto exija la amonestación, la oración, la paciencia, o lo que sea. Asimismo, el cristiano no vive para encontrar a personas ricas, fuertes, saludables, sino hacer a los pobres, débiles y enfermos personas de esa clase.

18. Así esta Epístola nos amonesta acerca de estos dos puntos del amor cristiano y la gran obra buena de no solo tolerar los defectos espirituales de nuestro prójimo en la fe y vida, sino asumirlos para sanar y eliminarlos, Los que no lo hacen crean sediciones, sectas y divisiones; como en el tiempo pasado los herejes, donatistas y novacianos, y muchos otros, se separaron de la iglesia porque no querían tolerar a los pecadores y defectuosos entre ellos. Tiene que haber herejes y sectas en donde se pasa por alto esta doctrina.

19. Así San Agustín dice sobre el capítulo 6 de Gálatas: “En nada se muestra tan bien el carácter religioso de uno como cuando, al tratar con el pecador, insiste en la redención del pecador más bien que en la reprensión; en su bienestar más bien que en la reprobación”. San Pablo dice (Gál 6:1-2): “Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo”, es decir, el amor. Es como si dijera: “Deben aceptar y no rechazar las cargas del prójimo y todo lo que sea difícil que él lo soporte”. No busquen sacar provecho de él, sino lleven sus cargas, porque sacar ventaja de él no es llevar sino ser cargado; esto pertenece a la vida venidera, entre los ángeles.

Al mismo tiempo, debemos recordar la distinción entre las dos clases de personas que se han mencionado, para que evitemos como paganos a los que obstinadamente tratan de defender sus pecados y no quieren ser mejorados, como enseña Cristo (Mateo 18:17). Pero esta doctrina habla de los débiles que reconocen que están mal, y sin embargo tropiezan cuando se trata de su enfermedad. Ahora tratemos la Epístola.

LA PALABRA DE ESPERANZA.

“Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.”

20. El que escogió esta Epístola no debe haberla comenzado aquí, porque esto pertenece a lo que precede. Por tanto, volveremos a ponerla en orden. El apóstol comienza el capítulo 15 y enseña el principio ya mencionado del amor que debe mostrarse hacia la vida débil de nuestro prójimo; así como en el capítulo 14 nos enseñó el uso del amor hacia la fe débil de nuestro prójimo. Luego dice:

“Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación, porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: «Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí». Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”.

Estas son las palabras con las cuales Pablo enseña este punto: que el amor soporta la vida débil de nuestro prójimo; y son palabras verdaderamente fuertes.

21. Primero nos dice que estamos bajo obligación de hacerlo. ¿De dónde viene esta obligación? Sin duda del amor y de la ley en Mateo 7:12: “Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, pues esto es la Ley y los Profetas”. Ahora, no hay ninguno de nosotros que no quisiera que

otros lo soportaran en sus debilidades y le ayudaran a mejorar. En cambio, estamos bajo obligación de conducirnos en forma similar hacia todos y los fuertes deben soportar y ayudar a los débiles.

22. Segundo, nos dice que no debemos agradar a nosotros mismos; es decir, no considerarnos buenos porque tenemos habilidades superiores a las de nuestros prójimos. Porque eso solo significa deleitarnos en ver a los demás en el pecado y la ruina, de modo que no sea igual o superior a nosotros, y hasta a desearle mal para que nosotros parezcamos buenos en comparación con él. Esto es diametral y fundamentalmente opuesto al amor, así como el fariseo en el Evangelio agradece a Dios que no es como los demás hombres. Piensa tan alto de sí mismo que se agrada tanto consigo mismo que le duele que algún otro aparte de él sea sin pecado.

23. Ahora, ¿no son personas detestables que envidian a otros la gracia y la salvación, y que se regocijan en sus pecados y ruina? Sin embargo tienen ambición de ser considerados piadosos y santos, fuertes enemigos del pecado y amigos de la piedad. ¿Pero qué enseña San Pablo? Enfáticamente no es esto. Dice que nadie debe aprobar indebidamente a sí mismo y pensar altamente de sí mismo. ¿Qué, entonces? Debemos estar contentos con otros, y cada uno debe agradarse de su prójimo, de modo que debe soportar las debilidades del prójimo con paciencia y gentileza y conducirse de tal forma hacia él que él obtenga placer, deseo y amor por nosotros. No debemos actuar tan dura y severamente hacia él que él tenga miedo de nosotros y corra de nosotros, nunca espere ningún bien de nosotros, y solamente se haga peor.

24. Pero dirás: “Si procedo de tal forma que agrade a mi prójimo, tengo que dejarlo salirse con lo suyo y quedar como es”. “No”, dice Pablo, “por eso agrego las palabras ‘para su bien’”. Cada uno debe agradar a su prójimo solo en las cosas que lo mejoran. Nuestra conducta hacia nuestro prójimo puede ser tal que le impida su voluntad sin incurrir su desagrado. Pero si es tan disoluto que lo que se hace por él no ayuda, déjalo ir; sin embargo, has hecho mucho que debería haberlo agradado para su mejoría, para su bien. No puedes arrastrarlo por los cabellos para agradarse con lo que has hecho por él. Pablo no requiere más de nosotros que agradar a nuestro prójimo en una manera que sirva para su bien, para su mejoría. No agradó al mundo que su Dios se complació en entregar a su propio Hijo a la muerte.

25. Por tanto, cuando Pablo nos dice que todos deben agradar a su prójimo en lo que sea bueno (Rom. 5:2), su intención no es que logremos lo que agrada a nuestro prójimo; porque esto es más allá de nuestro alcance. Más bien, quisiera que, en obediencia a la regla del amor, nos conduzcamos de tal forma que razonablemente podamos esperar agradarles; en una forma en que si fracasamos la culpa no es nuestra. Así dice en 1 Corintios 10:33: “Del mismo modo, también yo en todas las cosas agrado a todos”. ¿Cómo agradó Pablo a todos cuando judíos y gentiles eran sus enemigos mortales? Hizo todo que era bueno y útil para ellos, y deben haberse agradado de él.

26. En tercer lugar, para que se entienda esta doctrina aun más poderosamente, cita el ejemplo de Cristo, diciendo: “Ni aun Cristo se agradó a sí mismo” (Rom 15:3). ¿Qué quiere decir? Sencillamente que a pesar de ser él santo y lleno de gracia, no nos menospreció. No pensó altamente de sí como lo hizo el fariseo porque él poseía algo que nosotros no teníamos. No se regocijó en el hecho de que nosotros no teníamos nada y él tenía todas las cosas, como bien podría haber hecho. Al contrario, le dio pena que

no teníamos nada, siguió adelante y pensó en cómo podía tratar con nosotros de modo que nosotros nos hiciéramos como él y tendríamos lo que él tenía y seríamos librados de nuestros pecados. Como no había otra manera, puso todo su ser y toda su fuerza para lograr nuestra redención, asumió nuestros pecados y los abolió. Actúa hacia nosotros en tal forma como para agradarnos y hacer lo que nos hace feliz. Esto cumplió las palabras (Salmo 69:9): “Los insultos de los que te vituperaban cayeron sobre mí”. Nuestros pecados reprochan y deshonran a Dios, así como nuestra buena conducta contribuye a su honor y alabanza. Así el profeta llama nuestros pecados el reproche y el deshonor de Dios. Todos nuestros pecados han caído sobre Cristo para ser removidos de nosotros. Si Cristo nos hubiera tratado como el fariseo trató al publicano, y como los santos orgullosos tratan a los pobres, débiles pecadores, ¿quién jamás habría sido redimido?

Pablo usa este mismo ejemplo cuando dice (Filipenses 2:5-8): “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

27. Debemos tratar los pecados de nuestro prójimo en la misma manera. No debemos juzgar, calumniar ni despreciarlo, sino mostrarle solo un rostro sonriente para que lo podamos librar, aunque nos cueste cuerpo, vida, propiedad, honor y todo lo que tengamos. Todo el que lo trata de otra forma debe saber que ya ha perdido a Cristo y es un santo pagano.

28. Ahora sigue nuestro texto.

Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza. (Romanos 15:4)

San Pablo dice esto aquí porque había presentado el pasaje de los Salmos acerca de Cristo (Sal 69:9; Rom 15:3). No quería que nadie se preguntara cómo este pasaje tenía sentido aquí, o cómo nos afecta, puesto que se dijo acerca de Cristo y se cumplió por él. Lo anticipa y nos da una regla general para leer la Escritura; dice que no solo este pasaje sino toda la Escritura fue escrita para nuestra instrucción. Es cierto que hay en ella cosas escritas acerca de Cristo y acerca de muchos santos, tales como Adán, Abel, Noé, Abraham, Isaac y Jacob; pero estas cosas no fueron escritas en beneficio de esas personas, puesto que fueron escritas mucho después, y nunca las vieron.

29. Así que, a pesar de que se escribió mucho acerca de Cristo, no fue para su beneficio, puesto que no lo necesitaba, sino para nuestra instrucción. Las palabras y obras se escriben de Cristo, pero es para nuestra edificación, para que nosotros hagamos lo mismo.

Habla de la misma forma cuando dice (1 Corintios 9:9): “En la ley de Moisés está escrito: «No pondrás bozal al buey que trilla». ¿Supones que Dios tiene cuidado del buey, o no será que el versículo está escrito para nuestro beneficio? Seguramente es para nuestro beneficio”. Como si el apóstol dijera: “Dios no pone tanta atención en el buey, sino en nosotros”. No que Dios no gobierne y provea por toda criatura, sino que

no escribe ni habla para ellos. ¿Qué debe escribir y decir a los bueyes? Solo escribe y habla a la gente. Así también aquí: aunque las palabras tratan de Cristo, no se dicen para él sino para instruir a nosotros, para que también hagamos lo que oímos que la Escritura dice que Cristo y los otros santos han hecho.

30. Fíjate en qué clase de libro el apóstol aquí presenta para que los cristianos lo lean y estudien, solo la Sagrada Escritura. Y nos dice que nuestra doctrina está en ella. Ahora, si nuestra doctrina está en la Biblia, ciertamente no debemos buscarla en ninguna otra parte; todos los cristianos deben usar este libro a diario.

31. Observa, sin embargo, lo que el diablo ha logrado por medio de los papistas. No fue suficiente que ellos tiraran la Biblia bajo la mesa, hacerla tan escasa que pocos doctores de la Sagrada Escritura poseían una copia, mucho menos la leían; pero para que no llegara a ser notado por el público, la han cubierto con un trapo sucio, calumnian a Dios, y dicen que es oscura y que debemos seguir las interpretaciones de los hombres y no las Escrituras claras. ¿Qué es esto sino hacer a Pablo un mentiroso aquí, puesto que él dice que la Biblia es nuestro libro de texto? Pero ellos dicen que es un libro engañoso y oscuro.

32. ¿Cómo debe Dios pagar a tales blasfemos y asesinos de las Escrituras? Si hubiera consultado conmigo acerca del asunto, le habría rogado, puesto que ellos llaman sus Escrituras claras oscuras y peligrosas, para que puedan ponerlas bajo la mesa, fuera de los corazones y ojos de toda la gente, que les diera en su lugar a Aristóteles y Averroes, junto con las leyes e interpretaciones sin fin del Papa; para dejarlos delirar con estos, estudiar a Aristóteles todos los días de sus vidas y no aprender nada; y sin embargo a permitir que tales imbéciles sean coronados como maestros de las artes liberales y doctores de las Sagradas Escrituras. Sin embargo hasta el presente ninguno de ellos ha entendido una sola línea de Aristóteles, o si lo hubieran aprendido no sabrían más de lo que un niño de cinco años o el imbécil más depravado sabe. Porque Aristóteles es cien veces más oscuro que las Sagradas Escrituras. Si quisieras saber lo que enseña, te diré en unas cuantas palabras: “Un alfarero puede hacer una vasija del barro; un herrero no lo puede hacer a menos que aprenda cómo”. Si hay algo más exaltado que esto en Aristóteles, no creas una palabra de lo que digo. Exígeme probarlo y lo haré.

33. Digo esto para mostrar qué tan bien Cristo ha pagado a los papistas por denunciar sus Escrituras como oscuras y peligrosas, y por excluirlas; porque tienen que leer los escritos de un pagano muerto, que no tienen ninguna perspicacia sino solo oscuridad. He dicho que eso es lo mejor en Aristóteles. No digo nada de sus posiciones venenosas y fatales. Las universidades merecen ser hechos polvo. Desde el comienzo del mundo nada más infernal ni satánica jamás ha estado ni estará en la tierra.

34. Ahora volvamos a Pablo que nos muestra aquí lo que debemos leer y en dónde debemos buscar nuestra doctrina. Si hubiera otro libro para leer, lo habría indicado. Además, nos muestra qué clase de fruto esa lectura producirá; a saber: “a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”. Ahora, que se presenten todas las doctrinas, que se traigan todos los otros libros, y a ver si tienen tanto poder para consolar a un solo alma en su menor tribulación. Verdaderamente, es imposible consolar un alma a menos que oiga la palabra de Dios. ¿Pero en dónde está la palabra de Dios en todos los libros excepto en las Escrituras? ¿Qué logramos leyendo otros libros y excluyendo el Libro? Otros libros ciertamente pueden matar y torturarnos,

pero ningún libro excepto las Sagradas Escrituras tiene poder para consolarnos. Solo este libro tiene el título que aquí lo da Pablo, que es un “libro de consolación”, uno que puede apoyar el alma en toda tribulación de modo que no se desespere sino tenga la esperanza, porque se aferra a la palabra de Dios y aprende su voluntad misericordiosa, se adhiere firmemente a ella, siguiendo firme en la vida y la muerte. Pero todo el que no conoce la voluntad de Dios tiene que dudar, porque no sabe cuál es su posición con Dios

35. ¿Pero qué diré? La calamidad excede el poder de captarla con las palabras, o siquiera el pensamiento. El espíritu maligno ha cumplido su plan y ha suprimido este Libro y ha puesto en su lugar tantos libros de doctrina humana que bien podemos decir que hay un diluvio de ellos, y sin embargo estos contienen solo error, mentiras, oscuridad, veneno, muerte, destrucción, infierno y el diablo. Nuestra abominable falta de gratitud ha merecido eso.

36. Pero observa cuán apropiadamente Pablo lo expresa. Combina tanto la paciencia y el consuelo de las Escrituras. La Escritura no quita la adversidad, el sufrimiento y la muerte; de hecho, sencillamente no predice nada sino la santa cruz, Pablo la llama “la palabra de la cruz” (1 Cor 1:18), por tanto es necesaria la paciencia. Pero esto es lo que hace: En medio del sufrimiento consuela y fortalece, para que no falle nuestra paciencia sino persevere hasta que conquiste. Da mucho consuelo al alma, la hace valiente y feliz de sufrir cuando oye una palabra consoladora de su Dios, que él lo acompaña y toma su parte.

Mientras esta vida es sencillamente una mortificación del viejo Adán que debe morir, seguirá siendo una parte de esta vida la perseverancia. Otra vez, puesto que la vida venidera no se puede percibir, es necesario que el alma tenga algo en que puede practicar la perseverancia, comprender en alguna medida esa vida futura, y aferrarse a ella. Ese algo es la palabra de Dios, a que se aferra el alma; y en ella es llevada de esta vida terrenal a la vida venidera como en una embarcación segura, y así sigue firme en su esperanza.

37. Mira, ese es el verdadero uso de las Escrituras, consolar a los que sufren, los angustiados y los moribundos. De esto sigue que el que no ha tenido ninguna experiencia del sufrimiento o la muerte no puede en absoluto entender el consuelo de la Biblia. No las palabras, sino la experiencia tiene que ser el medio por el cual se gusta y encuentra este consuelo. Pablo menciona “paciencia” antes de “consuelo de las Escrituras” para que sepamos que el que no esté dispuesto a soportar el sufrimiento, sino busca la consolación en otra parte, no puede gustar este consuelo. Solo la Escritura consolará; por tanto primero tiene que encontrar la perseverancia. La Escritura es celosa y no permitirá el consuelo y ayuda humanos a su lado, porque obstaculizan la perseverancia y el sufrimiento.

38. Ahora, no es una parte pequeña de la perseverancia y la cruz cuando uno soporta la debilidad y el pecado de su prójimo, porque algunos de estos son tan severos que desean la muerte para sí mismos o hasta la desean para otra persona. Para mantener la paciencia cristiana bajo estas pruebas, los afligidos tienen que consolarse con la Escritura que muestra el ejemplo de Cristo para que se queden firmes y dispuestos en el sufrimiento al percibir que por amor a ellos Cristo hizo mucho más por ellos y ha tomado sobre sí la carga infinitamente más pesada de sus pecados para redimirlos.

39. El consuelo que acompaña esta paciencia produce una firme esperanza en Cristo de que seremos como él, de modo que estamos seguros de que él ha hecho y hará esto para nosotros. Pero aquel que olvida el ejemplo de Cristo y las Escrituras tendrá muy poco consuelo y paciencia, aun cuando uno tiene muchas ganas de consolarlo con razones racionales, porque no tienen ninguna fuerza y no penetrarán en el fondo del corazón; solo habrá paciencia y consuelo hipócrita.

“Y el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús”

40. Esta lección de la Epístola debe haber comenzado aquí. Este versículo se refiere a las imperfecciones tanto de nuestra fe y de nuestra conducta, como veremos, pero más a la primera debilidad, la de la fe. Es una oración con la cual San Pablo concluye su Epístola, puesto que había dejado de predicar y enseñar. Para que uno no presuma tener la paciencia y consolación de las Escrituras por su propio poder, Pablo en su oración nos recuerda que son dones de Dios, que se deben obtener por medio de la oración. Mucho menos está en nuestro poder soportar las imperfecciones de los demás y tener un solo sentir con él en la fe.

41. Por tanto, dice: “Dios de la paciencia y de la consolación”, es decir, Dios es el Señor que concede la paciencia y la consolación. Así como es el Dios del cielo y la tierra, así es también el Dios de la paciencia y la consolación; todos son dones de él y son criaturas de él. Pablo dice que Dios “concede” la paciencia y el consuelo “a ustedes”, porque no los poseen por ustedes mismos. Si él los concede, no son por la naturaleza sino por la gracia, y son dones. Si él no pone este mensaje en el corazón para cumplir este propósito, el corazón nunca lo descubrirá. De hecho, en donde Dios no lo concede, la gente abandona a la Escritura y corre tras Aristóteles, como sucedió en las malditas escuelas. Pero en donde él concede la gracia para escudriñar las Escrituras, también da la paciencia y la consolación. Por tanto, no hay ninguna ira mayor de Dios que cuando permite que perezcan su palabra y las Escrituras; así que no es sin propósito que el apóstol ora aquí. Por otro lado, no hay mayor gracia de Dios que cuando permite que su palabra sea exaltada entre nosotros y sea leída. Así que, verdaderamente debemos todos repetir esta oración con el apóstol.

42. Tener “un mismo sentir”. ¿Qué significa esto? ¿Cómo pueden los débiles tener un mismo sentir con los fuertes? Ser de un mismo sentir se debe entender que cada uno permita al otro tener su opinión, y apruebe que lo que piensa el otro es bueno. La opinión propia es la causa de todos los partidos, sectas, discordias y herejías. Como dice la gente: “Contentos con sus propios caminos son todos, por tanto la tierra está repleto de necios”.

Pablo aquí quisiera abolir esta opinión individual y dar preferencia a uno mismo. Nada es más intolerable y pernicioso para la fe y la iglesia que esta opinión. No puede ceder, sino tiene que emprender su propio camino, diferente del camino comúnmente aceptado, de modo que acepta algo propio en que puede agrandar a sí mismo. De esto han salido los muchos partidos y las borlas y flecos, los conventos y monasterios del mundo, ninguno de los cuales está en armonía con los otros. Más bien, cada uno se agrada de su propio camino y condena el de los demás.

43. Así el apóstol aquí desea que tengan un mismo sentir y que cada uno agrade al otro, es decir, que los débiles en conciencia deben aceptar como recto lo que los de fe fuerte y sana conciencia observan, para que se fe, conciencia y opinión sean una, y no pelear uno contra el otro con el pensamiento de que uno considera una cosa propia y buena y otro otra cosa. De este modo el pasaje se establece (Salmo 68:6): “Dios hace habitar en familia a los desamparados”; y (Salmo 133:1): “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es que habiten los hermanos juntos en armonía!”. Por ejemplo, si uno que tiene la fe débil ve a alguien con fe fuerte comer carne o tomar, o hacer lo que le parece no recto o pecado, debe abandonar estos pensamientos acerca de cómo come, bebe o actúa el fuerte en la fe, aunque él no haría y no podría hacer lo mismo. Debe recordar lo que San Pablo dice: “Cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa” (Romanos 14:5). Entonces la malicia, la contención y la condenación desaparecen, y la unidad de corazón y mente se mantienen.

Por otro lado, si los que son débiles en la fe no pueden seguir, los fuertes no deben forzarlos a hacerlo ni despreciarlos, sino tolerarlos y pensar bien de cómo ellos comen, beben y actúan hasta que ellos también se hagan fuertes. Pablo dice: “Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones” (Romanos 14:1). Es decir, no debes obligarlos diciendo; “Esto es lo recto y eso está equivocado”, sino tratarlos con consideración e instruirlos hasta que ellos también estén fuertes.

44. Sin embargo, no es necesario que todos sigamos el mismo trabajo. Uno puede ser un herrero y otro un sastre, pero queda la unidad de fe y corazón; cada uno deja que el otro cumpla externamente con su trabajo. Si algún necio se levantara y enseñara que el herrero no tiene una ocupación divina, confundiría su conciencia y debilitaría su fe.

Así aquí también toda clase de cosas externas en comer, vestirse y lugares son libres, para usarse o no, cómo y cuándo quieras. Todo el que ahora viniera y te enseñara de otra manera, que no deberías usarlas, como lo hacen el Papa y el clero, te está confundiendo. Por otro lado, si otro viniera y dijera que tuvieras que usarlas, también te confundiría. Pero todo el que va en el medio y te enseña que eres libre para omitirlas o usarlas, dejándote quedar en tu propio camino y no condenándote hasta que te salgas solo (aunque duramente ataca los lobos que te empujaron a ese camino como algo que no era libre sino se tenía que guardar), te enseña correctamente.

45. Ahora, cuando ayunas para un apóstol, o haces confesión durante la Cuaresma, no actúas impropriamente. Otra vez, si alguien no hace estas cosas, no actúa impropriamente. Todo el que quiere puede ayunar y confesar. Nadie debe juzgar, condenar, menospreciar ni discutir con otro, sino todos deben tener el mismo sentir, debe soportar cualquier cosa que haga, aunque realmente sea bueno.

46. Pero todo el que se entromete y quiere hacerse el juez con su propia enseñanza, y destruye su unanimidad diciendo: “Tú haces bien y debes hacerlo; él hace mal y no debe”, debe ser reprendido. Esa es la doctrina de Satanás del apóstol del diablo. Eso es lo que hacen el Papa y los papistas. No es propio de los pastores sino solo de los lobos predicar de esa manera. El resultado será la destrucción de la unidad cristiana. Eso da ocasión a muchos juicios, tales como: “Eres un hereje”; “Eres desobediente a la iglesia; “Haces mal”, etc., exactamente lo que desea el diablo.

47. Después el Papa, cuando ha destruido la unidad, llevado cautiva la conciencia e perturbado la libertad, procede a quitar tu dinero, y te da en cambio un documento permitiendo que comas mantequilla, huevos y carne. Cristo te dio esa libertad en el evangelio, pero el Papa te la ha robado y te la vuelve a vender, ¡vaya el pastor piadoso y fiel! Luego uno se ofende otra vez por el otro, y el gobierno del Papa es, en fin, solo ese captar y volver a captar, ser ofendido y vuelto a ofenderse, trueque e intercambio, de modo que fácilmente se puede ver que no es otra cosa que el gobierno del diablo maligno que causa una confusión y mezcolanza de conciencias, que nadie puede entender suficientemente.

48. Pero digo esto solo de las cosas en que tenemos libertad; en estas debemos actuar en tal forma como para pegar al Papa en la cabeza como un lobo con sus leyes desvergonzadas y necias. Sin embargo, debemos permitir a los débiles en la fe a seguir en estas cosas por un tiempo y eventualmente sacarlos, para que sus conciencias no sean repelidas demasiado rápida y bruscamente y sean hechos pedazos.

49. Pero en las cosas que no son libres, sino prohibidas o mandadas por Cristo, no hay lugar para debate; si tu conciencia es fuerte o débil, todos, el mayor y el menor, son obligados a oponerse al Papa, como cuando él y todos sus seguidores enseñan que la Misa se debe considerar un sacrificio y una buena obra. Esta es la peor abominación que jamás ha surgido en la tierra, sobre la cual su gobierno con todos sus conventos y monasterios está fundado. Nadie es exonerado de esto, sea débil o fuerte, porque Cristo instituyó la Misa como un sacramento y testamento, que nadie puede vender o transferir ni regalar; más bien, como el bautismo, cada uno tiene que recibirla por sí mismo. Hay muchas más abominaciones similares en sus santos cánones. De hecho, en donde hay tal fundamento, es bueno notar qué es el edificio: todo lo que está en el papado es la maldad del diablo, de pies a cabeza. El que no lo cree, lo experimentará.

50. El apóstol agrega que debemos ser del mismo sentir “según Cristo Jesús”; es decir, en forma cristiana. Los incrédulos también son de un mismo sentir, pero según la carne, el mundo y el diablo, y no según Cristo. Los judíos también estaban de un sentir contra Dios y su Cristo, como nos dice el Salmo 2:2. La unidad cristiana resiste el pecado y todo lo opuesto a la religión de Cristo y no comete ni promueve ningún pecado. Así, la naturaleza de la armonía es que une a todos los cristianos, primero en la fe y luego en la moral o vida.

51. Pero si alguien es débil en la fe o vida, la armonía no acepta que deben quedarse así, no lo abandona, mucho menos lo vitupera, rechaza o condena. Más bien la armonía lo acepta y lo trata como quisiera ser tratado, y como Cristo nos ha tratado en asuntos similares y más importantes. Así queda que cada uno hace lo que agrada al otro y se une con lo que el otro tiene en mente, y así se quedan de un sentir. En el otro lado están los obstinados que abandonan, desprecian, juzgan y no reciben al otro, sino siguen su propio camino en su propia opinión, así como las órdenes del Papa y todas las demás sectas hacen.

“Para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

52. Todo el bien que podemos hacer a Dios es alabar y agradecerlo. Esto es el único verdadero culto, como él mismo dice en el Salmo 50:23: “El que ofrece sacrificios de

alabanza me honrará, y al que ordene su camino, le mostraré la salvación de Dios»". Recibimos todas las bendiciones de él, de modo que podamos darle este sacrificio de la alabanza. Si alguien te muestra otro culto, estás seguro que es error y engaño. Antes el mundo ha sido necio y ha apartado para el culto casas, iglesias, monasterios; vestiduras, de oro, seda y de toda otra clase; vasijas de plata e imágenes; campanas y órganos, velas y lámparas. La gente debe usar el dinero que se gasta en tales cosas para ayudar al prójimo, pero quieren darlas a Dios, y además refunfuñan y aúllan en las iglesias día y noche. Además, la verdadera alabanza y honra de Dios que no se puede confinar a un lugar o persona, es silenciada en el mundo entero. Es una ficción cuando los sacerdotes y monjes alegan que su forma de vivir es adoración; más bien es falsedad y engaño.

53, La adoración es alabar a Dios. Es libre y voluntario, en la mesa, en la recámara, en la taberna, en el altillo, en la casa o el campo, en todos lugares, con todas las personas, en todo tiempo. Todo el que enseña otra cosa miente tanto como el Papa y el diablo mismo.

¿Pero cómo debe estar entre nosotros el honrar y alabar a Dios, la verdadera adoración, si no lo amamos ni recibimos sus bendiciones? ¿Y cómo lo amaremos si no lo conocemos a él y sus bendiciones? ¿Y cómo lo conoceremos a él y sus bendiciones cuando no se predica ninguna palabra sobre ellos y cuando el evangelio se queda escondido? En donde no se halla el evangelio, el conocimiento de Dios es imposible. Entonces también es imposible que el amor y la alabanza de Dios estén allí. Aunque todos los cantantes de coro fueran un cantante, todos los sacerdotes un sacerdote, todos los monjes un monje, todas las iglesias una iglesia, todas las campanas una campana; en fin si todos los servicios necios ofrecidos a Dios en los conventos, las iglesias y los monasterios fueran cien mil veces más grandes y numerosos de lo que son, ¿qué le importa a Dios tales carnavales y juegos?

54. Por tanto, Dios se queja más que los judíos han callado su alabanza (Miqueas 2:6), aunque todavía silbaban, vociferaban y gemían, así como nosotros. Pero este culto no se puede establecer con rentas; no puede ser establecido con leyes y estatutos; no conoce nada de las fiestas altas y menores. Más bien viene del evangelio, y tan pronto a un siervo de un pobre pastor que a un gran obispo.

55. De esto también puedes ver quiénes han estorbado la adoración y todavía diariamente la suprimen. No son otros sino ese gentío incorregible, el Papa y sus camellos, obispos, sacerdotes, monjes y monjas, que se jactan de sus servicios divinos y hacen que se les llamen espirituales; con sus malabarismos se apropian la propiedad y honor del mundo entero y viven desenfrenadamente. Sin embargo fingen ayudar a otros a llegar al cielo con sus insensateces, aunque guardan silencio sobre el evangelio. Y hasta lo persiguen y condenan, de modo que San Pedro tiene la razón en llamarlos "hijos de condenación" (2 Pedro 2:14).

56. Ahora Pablo dice que esta adoración debe rendirse "unánimes" y "a una voz" (Rom 15:6). Eso sucede cuando somos de un sentir y cuando reconocemos que todos somos iguales y hemos recibido las mismas bendiciones en Cristo, de modo que nadie puede exaltarse por encima de otro o decir que es especial.

¿Preguntas cómo eso sucede? Sucede de esta manera: Todos fuera de Cristo son condenados, el uno como el otro, cada uno necesita a Cristo tanto como el otro. Pero

cuando somos convertidos, cada uno recibe el mismo bautismo, el mismo sacramento, la misma fe, el mismo Cristo, el mismo Espíritu, el mismo evangelio, en resumen, el mismo Dios como el otro. Aquí en este desierto se distribuye imparcialmente el maná. Entonces, ¿cómo puede ser recto que uno reclame ser espiritual más que el otro, más un sacerdote que el otro? ¿Qué puede tener que sobrepase a Cristo? Sin embargo, cada uno tiene el mismo Cristo, y Cristo recibe a cada uno sin reserva.

57. Es cierto, uno puede abrazar a Cristo más firmemente que otro cuando lo ama más y cree más fuertemente, pero no por eso tiene nada más que el otro. Cristo es el mismo Cristo para todos, y en las cosas de la salvación es igual para todos. Por eso es verdaderamente Cristo. Puesto que hay una bendición común para los débiles y los saludables en la fe, para los que son fuertes y débiles en la vida, nadie debe considerar a otro como menos que él o menospreciarlo. Más bien debe darle la bienvenida con la misma mente y juntos presentar alabanza a Dios, de modo que suene como que salió de un corazón y boca, ya que cada uno alaba a Dios y tiene lo mismo en su corazón y boca como el otro. Todos reconocen a Cristo y le dan gracias por lo que tienen de Cristo, como antes se predijo (Salmo 72:15): “Se orará por él continuamente; todo el día se le bendecirá”. Pero si alguien alaba a Dios por sus propias posesiones, divide su espíritu y boca y no pertenece a la comunión de los santos, como se hace entre las sectas papistas, en donde nunca se oye la alabanza de Cristo, sino solo la alabanza de sus propias obras.

58. Debemos notar bien que Pablo nos dice alabar al “Padre de nuestro Señor Jesucristo”, y no solo a Cristo, especialmente en nuestro día cuando se promueve tan altamente el honor de los santos que comúnmente nos adherimos a los santos y no penetramos a la misma presencia de Dios. Encontramos a uno que se satisface invocando a Santa Bárbara y obteniendo su favor, mientras nadie está seguro si es una santa o no. Otro se satisface con San Cristóbal, que es sin duda una de las más grandes ficciones y mentiras. Pero apenas haya alguien que no se satisface con honrar a la Madre de Dios y tener su favor.

59. Temo que la idolatría abominable ganará terreno aquí, de modo que la gente ponga la confianza y fe que se debe poner solo en Dios en los santos, y esperar de los santos lo que debemos esperar solamente de Dios. Si ningún otro mal estuviera involucrado, es cuestionable porque el culto y el honor de los santos no tiene el apoyo de ningún pasaje ni ejemplo en la Escritura, y al mismo tiempo está en desacuerdo con este pasaje y otros similares de Pablo, que nos enseñan a seguir a la presencia de Dios y esperar todo solo de él. Cristo también nos señala al Padre; de hecho, vino para que por medio de él lleguemos al Padre.

60. Llegar al Padre no significa correr con los pies a Roma ni volar con alas al cielo. Más bien, significa depender de Dios con sincera confianza como de un padre misericordioso; como comienza el Padrenuestro. Entre más que aumente tal confianza en el corazón, más nos acercamos al Padre. Tanto la razón y la experiencia tienen que confesar que en donde el corazón tiene tal confianza en Dios, toda confianza en las criaturas se desvanece, sea en santos en el cielo o en la tierra. Por otro lado, en donde la confianza en Dios disminuye, allí aumenta la búsqueda y confianza en los santos. Por eso San Pedro también dice: “Pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, ... para que vuestra fe y esperanza sean en Dios” (1 Pedro 1:18–21). Pablo dice: “por [Jesucristo] también tenemos entrada

por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.” (Rom 5:2).

61. Acepto que algunos pueden hacer un uso correcto de la veneración de los santos y la Madre de Dios; aunque eso es la excepción. Aun así, el ejemplo es peligroso y no se debe introducir en el uso de una congregación. Más bien, según la enseñanza de Cristo y de todos los apóstoles, debemos alegremente acercarnos solo a Dios Padre, solo por medio de Cristo. Debido a la terrible caída en el pecado, pronto sucede que las personas buscan consuelo más de los santos que de Dios, e invocan sus nombres y ayuda más bien que a Dios. Esto es algo muy pervertido, no cristiano, y ahora temo que el mundo está lleno, repleto de la idolatría.

62. Dios decreta que tales adoradores de santos a veces reciben ayuda y milagros; los cuales, sin embargo, se hacen por medio del diablo. Porque Dios da aun a los adoradores de demonios sus cuerpos y vidas, aun sus posesiones y honor, por medio del diablo, como vemos muchas veces, así como un príncipe puede dar un tesoro a un bellaco por medio de otro bellaco. Así, en este y todos los casos no debemos edificarnos sobre señales milagrosas ni sobre el ejemplo de la multitud, sino solo sobre la doctrina de Cristo o de sus apóstoles.

63. Ahora, así como Cristo es nuestro beneficio común, como hemos escuchado, así debemos atribuir todo lo que tememos al Padre, que de esta forma nos ha mostrado su mayor gracia para que pueda atraer nuestro corazón a él. Así debemos amar y alabar confiadamente al Padre por sus abundantes bendiciones, de modo que nuestro corazón aprenda a buscar consuelo en él y esperar de él todo bien en la vida o la muerte. Sin embargo, esto sucede por medio de Cristo y no por nosotros mismos, puesto que él fue dado para que podamos y debamos acudir confiadamente al Padre por medio de él, como dice: “Nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14;6).

64. Aunque Cristo mismo es verdaderamente Dios, y es suficiente poner la confianza en él, sin embargo él constantemente nos conduce al Padre, para que nadie se aferre a su humanidad, como lo hacían los discípulos antes de su sufrimiento, sin pasar más allá de su humanidad a su divinidad. Debemos dejar que Cristo, según su humanidad, sea un camino, una señal, una obra de Dios, por la cual llegamos a Dios. Debemos poner toda nuestra confianza solo en él, y cuidarnos mucho para no dar nuestra confianza a la Madre de Dios ni a ningún santo, y así establecer un ídolo en nuestro corazón.

“Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios”.

65. ¿Por qué? ¿O cuál es el significado de “por tanto”? “Hay dos razones”, dice, “por las cuales deben recibir unos a otros. Lo primero es, como han escuchado, que la Escritura presenta a Cristo a nosotros como un ejemplo, sobre quien los reproches de los que reprocharon a Dios cayeron (Rom 15:3), es decir, nuestros pecados. No nos menospreció, rechazó ni injurió, sino nos recibió para que él pudiera redimirnos de nuestros pecados. Por tanto, entonces, es apropiado que hagamos mucho más”.

66. La segunda razón por la cual este ejemplo da alabanza y honor a Dios es: Cristo en todas partes testimonia que todo lo que hace es la voluntad de su Padre y que solo vino

para hacer la voluntad de su Padre (vea Mat 26:39), Así es seguro que él llevó el reproche de nuestro pecado solo porque fue la voluntad de su Padre.

67. Por esto vemos cuán abundantemente misericordiosa es la voluntad del Padre que nos gobierna, de modo que infligió el llevar nuestros pecados y cargar con nuestros reproches en su querido único Hijo, para que no tuviera que condenar a nosotros por ellos. Ahora, en dondequiera que se reconoce correctamente la voluntad de Dios, deben resultar amor y alabanza por Dios desde el fondo de nuestro corazón. Así la persona obtiene una conciencia feliz y segura, y no puede dejar de honrar y alabar estos beneficios preciosos de Dios.

68. Cuando Cristo nos recibió y llevó nuestros pecados y los borró, San Pablo llama esto establecer el honor de Dios por medio de Cristo (Rom 15:7), Así debemos nosotros también tomar sobre nosotros los pecados, las cargas y las debilidades de nuestros prójimos, y tener paciencia con ellos y ayudarlos. Cuando los pecadores o transgresores oyen o experimentan esto, sus corazones se alegran en Dios y tienen que exclamar: “Verdaderamente, debe ser un Dios grande y misericordioso y Padre verdadero, que tiene a estos por pueblo, y no quiere que nos juzguen a nosotros, los pecadores pobres y débiles, ni que nos condenen, ni que nos menosprecien, sino más bien que nos reciban, nos ayuden y nos acompañen, como si nuestros pecados y debilidades fueran de ellos. ¿Quién no amaría, alabaría y honraría a tal Dios y confiar todas las cosas a él desde el fondo del corazón? ¿Qué debe ser el carácter de ese Dios quien desea que su pueblo actúe así?”

69. Dios quiere obtener esta alabanza por medio de nosotros cuando recibimos unos a otros y cuando cada uno considera los asuntos de su prójimo como suyos. Así la gente es incitada a creer y los que ya creen son fortalecidos. ¿Pero en dónde se está presentando este ejemplo ahora en el mundo? Solo tiranos y diablos gobiernan en el clero, que no pueden hacer nada sino excomulgar, maldecir, empujar y acosar a la gente.

MISIONES A LOS PAGANOS

“Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia”.

70. Ahora ha concluido su declaración de que deben recibir unos a otros, para honrar a Dios, conforme al ejemplo de Cristo, y que no debe haber ninguna distinción en el pueblo de Cristo, ni santos ni pecadores, ni fuertes ni débiles, ni ricos ni pobres, puesto que todos tienen la misma cosa, las mismas bendiciones en Cristo, que hace un corazón, un espíritu, una mente, una boca y hace todos los tesoros comunes, sean espirituales o temporales, por diversos que sean. Ahora sigue para establecer su posición con fuertes pasajes bíblicos, y así elimina todas las causas de discordia. Se pone como árbitro y mediador entre judíos y gentiles, por uso de la autoridad de la Biblia disipa todas las causas de discordia, como si dijera: “Ustedes los judíos no pueden rechazar a los gentiles, aunque no sigan sus costumbres en comer y beber, porque tienen el mismo Cristo que ustedes, conforme a la profecía de la Escritura. Por otro lado, ustedes los gentiles no pueden menospreciar a los judíos aunque comen y beben en su propia manera, porque ellos tienen el mismo Cristo que les fue prometido en las Escrituras.

“Entonces, puesto que la Escritura hace a Cristo una posesión común y reúne tanto a judíos y gentiles bajo él, y puesto que fuera de Cristo nadie tiene nada, pero en él todos tienen todas las cosas, ¿por qué, entonces, discutir, por qué juzgar unos a otros y desasociarse unos de otros? ¿Por qué no recibir mucho más unos a otros en bondad como Cristo ha recibido a ustedes? Si nadie tiene ninguna ventaja sobre el otro, entonces nadie tiene menos que otro. ¿Entonces por qué contender, y crear divisiones sobre la cuestión de comidas, bebidas, ropa; días, lugares, postura y cosas por el estilo, cosas de que no depende nada, porque son cosas temporales aparte de Cristo y no sirven ningún propósito eterno? Así, que cada uno sea libre para hacer lo que quiera en estos asuntos. Pero si alguien todavía está débil en la fe y todavía no está libre, sopórtelo con paciencia y cárguense de él hasta que se haga fuerte, considerando que no pierden nada, porque todavía tienen a Cristo sin reserva”.

71. Para entender las palabras de San Pablo aquí, debemos saber que Pablo se acostumbra a referirse al pueblo judío como “la circuncisión”, porque ellos fueron circuncidados, y con esa señal se distinguían de otros pueblos y se podían reconocer. Se asignan tales señales a otros objetos; por ejemplo para referirse a mujeres se dice: “La desgracia frecuentemente se teje con una trama de trenzas”; refiriéndose a los monjes: “Mire lo que no hará el cagullo”; o designamos los sacerdotes cuando exclamamos: “¡Qué avara la tonsura!” Y se indican a los jinetes con las palabras “espuelas” y “estribos”. Del mismo modo San Pablo llama a los judíos “la circuncisión” y a los gentiles “*praeputium*”, “la incircuncisión”; “Antes por el contrario, como vieron que me había sido encomendado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión” (Gal 2:7- 8). Y otra vez: “Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión” (Efesios 2:11). Así aquí dice: “Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión”; es decir, de los judíos o del pueblo judío.

También llama a Cristo “ministro” según esta costumbre, puesto que llama a todos los predicadores y apóstoles ministros o servidores. “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído” (1 Corintios 3:5). Es como decir: Jesucristo se hizo un ministro de la circuncisión, es decir, un predicador, maestro, apóstol, mensajero, enviado por Dios solo al pueblo judío. Cristo nunca predicó a los gentiles, ni fue enviado a ellos, sino solo a los judíos.

72. Pero esto sucedió no debido a su mérito, sino, como dice aquí, “para mostrar la verdad [veracidad] de Dios” (Rom 15:8). ¿Y cuál veracidad es esta? Dios prometió a Abraham, Isaac y Jacob que Cristo nacería de su simiente. Para que Dios se hallara fiel cuando promete, Cristo vino en consecuencia de esa promesa. Así se prueba la veracidad de Dios; Dios guarda sus promesas. Por causa de la veracidad de Dios, para que Dios sea probado veraz, y no por causa del mérito de parte de nadie, Cristo se hizo un apóstol y ministro de la circuncisión. Esto es lo que significan las siguientes palabras: “para confirmar las promesas hechas a los padres”. Observa el significado de las palabras “la verdad de Dios”, que la promesa divina acerca de Cristo hecha a los patriarcas es confirmada y cumplida.

73. Aunque es cierto que los judíos y gentiles tienen a Cristo en común, la promesa no fue hecha a los gentiles, sino solo a los judíos. Pablo dice en Romanos 3:2 que a los judíos “les ha sido confiada la palabra de Dios”; y otra vez, en Romanos 9:4 que se les

dio la ley a los judíos. Así, también, Cristo vino a los judíos solamente, como él mismo dice: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mateo 15:24).

Así los judíos tienen esta ventaja, que Cristo les fue prometido y lo podrían esperar. Pero no se prometió nada a los gentiles; por tanto no podían esperar nada, aunque los judíos eran iguales a los gentiles en que Cristo les fue prometido por pura gracia, así como fue dado a la gentiles. Sin embargo, después que fue prometido a los judíos, los gentiles tenían buena razón para esperarlo como el que se les daría a ellos.

74. Los judíos, entonces, tienen a Cristo no solo por la promesa misericordiosa, sino también por la fidelidad de Dios, quien cumpliría su promesa. Pero los gentiles no tienen ni la misericordiosa promesa ni la veracidad del cumplimiento, sino solo la misericordia no esperada, que ni imaginaban, que les dio a Cristo, sin ninguna promesa, sin ninguna obligación a cumplir la veracidad de Dios. Sin embargo, porque las Escrituras predecían que los gentiles obtendrían a Cristo, aunque sin promesas, esperanza o expectativa, esta Escritura también tenía que cumplirse. Por tanto, la una parte no tiene ninguna ventaja sobre la otra; más bien, Cristo fue dado a los judíos por la promesa y la verdad divina, y a los gentiles por pura misericordia inesperada.

Puesto que las Escrituras contienen tanto que él fue prometido a los judíos y la predicción acerca de los gentiles, ahora hay unidad, de modo que ambos tienen a Cristo en común, y desde ahora en adelante cada uno debe dar la bienvenida al otro como copartícipes en la posesión común.

Los judíos no deben menospreciar a los gentiles; porque las Escrituras dicen que los gentiles alabarán a Dios por su misericordia. ¿Cómo despreciarán los judíos a los que gozan de la misericordia de Dios y lo alaban por ella? Por otro lado, los gentiles no deben menospreciar a los judíos; porque Cristo fue prometido a ellos, y en cumplimiento de la promesa se hizo su ministro y predicador, haciendo a Dios fiel en confirmar su promesa.

75. Ven, eso es lo que Pablo quiere decir al declarar: “Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres” (Rom 15:8). ¿Por qué dices esto? Sin duda para que ninguno desprecie a los judíos, sino más bien los reciban, porque Cristo los ha recibido y no los despreció; al contrario, hasta fue prometido y dado a ellos como su propio ministro, predicador y apóstol. ¿Pero qué dices en cuanto a los gentiles? No digo que se les ha prometido algo, pero digo que gozan y alaban la misericordia de Dios dada a ellos sin promesa, como informan las Escrituras. Así nadie debe menospreciarlos, sino más bien recibirlos, porque Dios los recibió y no los desprecia.

Como Cristo se ha hecho común para todos, judíos y gentiles, aunque por diferentes razones, así debe haber unidad entre nosotros. Debemos recibir unos a otros, soportar las cargas unos de otros y tener paciencia con las imperfecciones, sin considerar ninguna distinción de la persona externa, el nombre, la condición ni nada más.

“Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles y cantaré a tu nombre”.

76. Aquí comienza a citar algunos pasajes de la Escritura en los cuales se predice que los gentiles alabarán a Dios por su misericordia. El primer pasaje se halla en el Salmo

18:49, y también en el Salmo 108:3. Las palabras las habla el profeta en nombre de Cristo, como los dos salmos indican. Ahora, si este pasaje debe ser la verdad, Cristo debe estar presente entre los gentiles, no física sino espiritualmente. Porque a menos que Cristo esté presente espiritualmente, no hay alabanza de él; pero donde él alaba y canta, allí está él espiritualmente. Así este pasaje prueba contundentemente que los gentiles creerán en Cristo y lo tendrán, lo cual es tener la misericordia de Dios. Sin embargo, no se promete nada aquí a los gentiles, sino solo se proclama lo que harán.

77. Antes hemos mencionado lo que constituye la verdadera adoración, que el profeta aquí llama alabar y cantar del nombre de Dios, como toda la Escritura lo llama. Ahora bien, la alabanza es sencillamente la confesión de las bendiciones recibidas. Por tanto la palabra del apóstol aquí es “*confitebor*”, “te confesaré”, es decir: Te agradeceré y te alabaré y declararé que todo lo he recibido de ti.

“Y otra vez dice: «Alegraos, gentiles, con su pueblo».”

78. Estas palabras son citadas de Deuteronomio 23:43, en donde Moisés dice: “Regocijaos, naciones, con su pueblo” (Deuteronomio 32:43, LBLA). En hebreo, sin embargo, también se puede traducir: “Regocijáos, gentiles, con él” entendido como “su pueblo”. Creo que por eso el apóstol cita este pasaje. Sin embargo, si lo leemos de esta forma o de la otra, claramente nadie alaba al pueblo de Dios, ni se regocija con él, a menos que participe de los beneficios de Dios y tiene el mismo Dios. Todo el que no posee esto es un enemigo del pueblo de Dios, los maldice y los persiguen, como dice Dios en Génesis 12:3: “Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. Aquí ves que los que bendicen el pueblo de Dios son participantes en la bendición. Así este pasaje también obliga la conclusión de que los gentiles deben hacerse cristianos.

“Y otra vez: «Alabad al Señor todos los gentiles y exaltadlo todos los pueblos».”

79. Este versículo es el Salmo 117:1-2, y habla también de la verdadera adoración. Por tanto este pasaje también prueba en forma definitiva que los gentiles serán el pueblo de Dios, puesto que nadie sirve (es decir, alaba y honra) a Dios excepto su pueblo.

“Y otra vez dice Isaías: «Estará la raíz de Isaí y el que se levantará para gobernar a las naciones, las cuales esperarán en él».”

80. Este pasaje está en Isaías 11:10 y en hebreo dice: “Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa”. El significado de este pasaje es claro: los gentiles poseerán a Cristo y serán súbditos de él. Pablo hace un leve cambio en las palabras, y sigue a los intérpretes antiguos que tradujeron la Biblia en lengua griega. El significado queda igual. La “raíz de Isaí” no se debe entender aquí como la “raíz” o “tronco” como los artistas retratan un árbol que crece de Isaí, el padre de David, con muchas ramas, y como la gente canta de nuestra Señora: “*Germinavit radix Jesse*, Ha germinado la raíz de Isaí”. Eso sería una explicación muy forzada. Cristo mismo, y ningún otro, es el “tallo” o la “raíz”. Este pasaje de Isaías claramente prueba esto cuando dice: “Los gentiles esperarán el tallo o la raíz de Isaí, que debe gobernar las naciones”, etc. Esta profecía no se puede atribuir al Isaí natural, ni a nuestra Señora.

81. Cristo se llama la raíz de Isaías porque descendió del linaje de Isaías, a través de David, pero en él cesó el descenso físico. Por su sufrimiento fue sepultado en la tierra y escondido en el mundo como una raíz deformada; y de él creció ese hermoso árbol, la iglesia cristiana, que se extiende al mundo entero. La raíz de Isaías se dibuja correctamente cuando se pintan los sufrimientos de Cristo y los frutos de ellos.

82. Pero cuando Pablo dice “el que se levantará para gobernar a las naciones”, es equivalente al hebreo “la cual estará puesta por pendón a los pueblos”, porque indica que el gobierno de Cristo es espiritual. El evangelio lo levanta como un pendón ante el mundo entero, un estandarte al cual la gente debe mirar y aferrarse a él por medio de la fe. No lo vemos físicamente, sino solo en la señal, el evangelio. Así también reina sobre los pueblos por el evangelio, es decir, en la señal y no con la presencia física.

83. Cuando dice “las naciones esperarán a él” no es materialmente diferente del hebreo: “será buscada por las gentes”, es decir, mirarán a él y se aferrarán solo a él, pondrán toda su confianza, esperanza y lealtad en él, no buscarán nada ni desearán nada sino él.

El apóstol omite “y su sepulcro será glorioso”, lo cual Jerónimo no tradujo bien, puesto que él piensa que Isaías escribía del sepulcro glorioso de Cristo. Isaías quería decir que el descanso de Cristo será alabanza; es decir, su muerte o morir no es como la muerte de otras personas, que tienen alabanza mientras viven, pero cuando están muertos, no tienen nada. La alabanza de esta raíz de Isaías, empero, tuvo su comienzo en su muerte. Porque después de su muerte primero fue exaltado a la vida, poder, alabanza y honor verdadero, para ser una señal y gobernante de los gentiles, de hecho, un Señor de todas las cosas puesto a la diestra de Dios (vea Efesios 1:20-21).

“Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo”.

84. Pablo concluye esta Epístola con una oración noble, deseando que los romanos tengan pleno gozo y paz, y habla del “Dios de la esperanza”, es decir, el que da estas cosas por medio de Cristo y en Cristo.

85. Se habló de cómo sucede esto arriba. Sucede cuando reconocemos que es la voluntad de Dios que, así como dio a Cristo para llevar nuestros pecados, así debemos hacerlo también. Entre más a fondo reconocemos esta voluntad de Dios, más fuerte se hará nuestra fe, esperanza y amor. Por tanto, siempre debemos predicar, escuchar y pensar en esto, porque no sucede de ninguna otra manera que por medio del evangelio.

Así que, esto es lo que quiere decir el apóstol: “Qué Dios que obra la esperanza por medio del evangelio, les dé gracia para que trabajen con y crean el evangelio, del cual llegan a conocer en lo más profundo a Cristo. De esto luego que tengan todo gozo y una buena conciencia, como de una bendición común, y luego también paz unos con otros. Este gozo y paz del cristiano no es lo que el mundo da por el sentimiento y la experiencia, sino por el creer, porque ni ven ni sienten al que es su bendición, de quien tienen el gozo y la paz. En el mundo, empero, sentirán lucha y dolor. Pero cuando aprendan que Cristo es común para todos e igual para todos, entonces tendrán buena paz. No hay nada que nadie puede envidiarle uno a otro, porque todos son igualmente ricos. Miren, este es gozo y paz por la fe o en la fe.

86. Después de eso sigue “para que abundéis en esperanza”, es decir, que su esperanza siempre crezca. Ahora, el sufrimiento y la persecución contribuyen a ese propósito, porque la esperanza no aumenta en proporción como se deja de lado la adversidad, sino cuando crece la adversidad, de modo que la esperanza no depende de nuestro poder sino el del Espíritu Santo. Porque el Espíritu Santo nos ayuda y fortalece nuestra esperanza, de modo que no huyamos de las desgracias del mundo ni las temamos, sino más bien nos quedemos firmes aun hasta la muerte y vencamos todo mal, de modo que el mal tiene que huir de nosotros y parar sus ataques. La esperanza no depende de la debilidad humana, sino del poder del Espíritu Santo, todo lo cual tiene que suceder por medio del evangelio, como se dijo antes: “Por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tenemos esperanza” (Rom 15:4). En donde no está el evangelio, no hay tampoco esperanza, consuelo, paz, gozo, fe, amor, Cristo, Dios, ni nada bueno. Eso lo vemos ante nuestros ojos en el estado clerical miserable, sin espíritu, carnal, que ora mucho y celebra muchas misas. Que el Dios de la esperanza y la paciencia y consuelo misericordiosamente nos proteja de estas cosas. Amén.